



LA TENTACION

(BOCETO DE UNA ESCULTURA)

A Carlos Díaz Dufío

I

ENCONTRARÉIS infaliblemente á Jesús Contreras, el joven escultor, á las nueve de la noche, en el *Salón del Comercio* (Guillermo Sennor y Cía.) cantina húngara de la calle de la Palma. Allí está, entre artistas alegres y *alegrados*, de testas enmarañadas y sombreros exóticos, que beben cerveza, recitan versos, dislocan paradojas, cascabelean chistes, y desmigajan su buen humor sobre el mármol tapizado de tabaco y de ceniza. Allí está, la barba puntiaguda, el bigotín rizado, ligeramente rizado sobre una boca franca, sin fruncimientos de hastío, y sin pliegues de amargura; las paredes de la nariz, voluntariosa y enérgica al mismo tiempo, palpitantes y dilatadas, como husmeando siempre algo; la cabellera de grandes mechadas lacias, cabellera de *Holofernes*—

envidia de Chucho Valenzuela y preocupación de Chucho Urbina—en coqueto desaliño artístico, mal contenida por los flexibles alones de un empolvado chambergo de pelo; mirada rápida, intensa, comprensiva, bajo los gruesos arcos de las cejas; mano fuerte, elástica, nerviosa; y todo este conjunto animado por la guasa atolondrada, por el ademán contrahecho, por la charla lengüirrota, por el entusiasmo que se vuelve chicuelo para gritar y hacer piruetas, y por la bondad simpática que le asoma á los ojos llena de cintilaciones y de lágrimas, ocultando su rubor con precipitados parpadeos

Contreras tuvo la fortuna de educar en Europa sus facultades artísticas: se hizo escultor al lado de Bartoldi. El contacto con aquel medio exuberante — museos, iglesias, talleres — robusteció su genio, afinó su gusto, ensanchó sus ideales. Ante un cuadro del Tiziano ó ante un torso de Miguel Angel, el *dilettante* sintió un estremecimiento hondo, un estremecimiento de amor, y se transformó en artista. Se conoció, se reveló á sí mismo. Su viejo *yo*, el que llevaba de aquí, tímido, acurrucado en los rincones más sombríos, cargando áuestas los regaños de los buenos viejos de la Academia y escondiendo bajo la raída blusa los cartones de dibujo con ojos abotagados y bocas embridadas, una bella mañana se escapó, quién sabe por dónde, por alguna ventana, por

algún resquicio del espíritu, como colegial que aprovecha el descuido del vigilante para saltar al campo y desaparecer en una ráfaga de aire y de libertad. Rápidamente colóse en el lugar abandonado el nuevo yo, bello, caprichoso, atrevido, dando al traste con todas las rutinas; y, con artes mágicas, fabricó para su habitación, en menos que se cuenta, un templo de mármol rojo bajo el capelo azul de los cielos, sombreado de gloriosos laureles, con inmaculadas teorías en el pórtico y con una carrera pindárica en el frontón.

La Bohemia lo arrastró en el carro dorado, que, lleno de músicas, de estrofas, de carcajadas, de barbas hirsutas y caritas rubias, recorre día y noche París, al galope frenético de los potros enloquecidos. Tropezó en el vicio, pero no cayó en él. Fué cuerdo en sus locuras. Huía de la kermesse insolente y ebria, para pasarse las horas contemplando con amor el mármol sin lujurias de la mutilada Diosa. Estas contemplaciones le han dejado un recuerdo imprecadero: siempre que nos habla de la Venus de Milo—la mujer divinizada por el olímpico reposo—repite, declamándola, la poesía que cinceló Leconte de Lisle en las canteras de Paros:

.....
 Du bonheur impassible ô symbole adorable!
 Calme comme la Mer en sa sérénité,

Nul sauglot n'a brisé ton sein inaltérable,
 Jamais les pleurs humains n'ont terni ta beauté

Sin embargo, Contreras comprende y siente también las bellezas *expresivas*, que en el arte moderno han substituido á la belleza impassible (*apathia*) del purismo helénico. Los excesos de actividad nerviosa han atrofiado el desarrollo muscular: Verlaine no danzaría desnudo como el joven Sófocles. En nuestras sociedades no existe la hermosura gimnástica tan celebrada por los filósofos y los poetas. ("Tendrás siempre el pecho robusto, la piel blanca, las espaldas anchas, las piernas grandes. Vivirás bello y floreciente en las palestras. . . .") En los festivales atenienses, las mujeres dejan caer sus peplos sobre tapetes de violetas; en el Olimpo diáfano, las diosas marchan, "*vestidas de sí mismas*," sobre el pavimento de oro; y diosas y mujeres adoran al divino *Phallus*, símbolo de la virilidad inmortal y fecunda.— Pero la Forma, desportillada y despulida por los grandes dolores de la Era cristiana, se arropa con paños negros que no la transparenten: las vírgenes macilentas de facciones esfumadas y de manos pálidas, parecen consumidas por alguna influencia astral maléfica y celosa; se apaga la vista en los ojos del sabio; se arquea la espalda del empleado; el adolescente se extenua en los bancos de la escuela,

y se encallecen y se queman los brazos del obrero en el yunque. La vida moderna se ha concentrado en el alma, es una vida de reflexión y de pasión. El arte moderno es ó tiende á ser esencialmente psicológico (1). La escultura se ha resistido á entrar en esta vía, por las preocupaciones académicas y por las dificultades propias de su limitado procedimiento; pero ha entrado al fin, dándonos obras maestras de expresión moral. El boceto de Contreras, *La Tentación*, eminentemente sugestivo, fija en el yeso un estado de conciencia: el recuerdo que surge y el amor que desborda en el misterio de todas las Tebaidas.....

*
* *

Faltaba en nuestro grupo un escultor. Nos era necesario un taller donde educar la literatura con los proteísmos de la línea: donde hacer centro de charlas, lecturas y discusiones, frente al busto ciclópeo del Maestro Sierra, sobre el tosco armazón de madera; frente al barro en que la arábica hermosura de Sara Chavero reclina la cabeza en el ala desplegada de un abanico, mientras una Gracia le entreabre la boca para contemplar sus perlas y sus sonrisas; entre los torsos varoniles en tensión de

(1) Se nos cita como argumento en contrario la obra de Heredia "Los Trofeos." Cada verso de "Los Trofeos" es una emoción perfectamente definida; la obra de Heredia es una obra de *psicología histórica*.

lucha y las caderas femeninas en quietud gloriosa; entre los *Amorcitos* de Tanagra que cuelgan de las paredes luciendo al aire sus cullos mofletudos y las pícaras miniaturas de su sexo. Nos faltaba este contacto con la estatua, con el movimiento y la expresión de la forma en las heroicas actitudes del cuerpo desnudo, en los mantos flexibles que lo contornean y lo señalan, ó en los pliegues rígidos que lo ocultan; nos faltaba, en fin, Salammbô en mármol numídico, con su blancura de hostia como Tannit, con su mística languidez, disolviendo su virginidad en el Deseo, "como se disuelve una flor en el vino!"

II

El grupo de *La Tentación* es sencillo: un fraile de áspero sayal y una muchacha desnuda; en el suelo, un libro, un Evangelio; sobre una roca, una cruz y una calavera. El fraile, escuálido por la penitencia que doma las rebeliones de la carne clavándole las puntas de hambre del ayuno y las puntas de cerda del cilicio, es una noble figura del tradicional anacoreta que legaba sus huesos á los cuervos del arenal y su alma á los ángeles del cielo. La muchacha, en la plenitud de su animalidad tentadora, ofreciendo inconscientemente su fruto núbil, sin un tinte de vergüenza en las mejillas, sin una cobardía de pudor tremulante en la

mirada, está hecha del natural—con atrevida franqueza y con gallarda despreocupación. Los dos están en pie, en el momento crítico en que un hombre puede ser del Señor ó de Satán, en que se asciende ó se cae, en que el pasado de juventud nos manda en el recuerdo un hábito de los ramajes del Paraíso y un beso de los labios de Eva, en que las oraciones se esconden en el sagrario del alma ante el desfile báquico de las palabras amorosas, en que toda una vida de austeridades puede ser empujada al Infierno por el pecado omnipotente! La cara del fraile, circuida por los contornos asimétricos del capuchón, tiene esa lividez intensa que precede al cruel agolpamiento de la sangre, al bochorno que quema. Bajo las ropas duras, de apretada trama, que pesan sobre su largo cuerpo huesoso, se adivina un estremecimiento prolongado, una vibración fría. Y *Ella*, en su desnudez brillante, firmemente plantada con un ligero ángulo de las piernas, avanza uno de sus muslos, levanta la cara virginal y perversa buscando con su mirada la mirada del fraile, le sonríe con sonrisa libertina bajo la barba santa, y le presenta, en la palma de la mano, la manzana del amor y del dolor, redonda y suave como un seno, con jugos de fresca miel como una boca. El fraile extiende un brazo cataléptico, cubierto con la manga que se quiebra en violentas arrugas, rechazando en el vacío, con la mano inmovilizada, el

desesperante misterio. El otro brazo es de *Ella!* sin fuerzas para deshacerse de la caricia, el fraile, con los dedos que lentamente se le crispan—dedos de trágica contracción, en los que se enreda un rosario que á su vez se enrosca en las carnes de la impura, como un brazaletes simbólico—palpa á su Tentadora, y casi la atrae, y casi la oprime! Un instante más, y el brazo se doblará, como un cinturón, para ceñirla frenéticamente! Es tan incitante esa cabecita perversa! se insinúa tanto ese cuerpo dócil! Y es tan débil escudo un sayal! y es tan débil resguardo una cabaña! En esa alma austera, maltratada y entumecida por días sin descanso y por noches sin sueño, bajo el polvo de los olvidos mundanales, bajo la ceniza que dejan los dolores cuando han cesado de arder, duerme solamente—que es inmortal—el Amor, el Rey augusto, envuelto en sus púrpuras de juventud y de gloria. Despiértalo, Sulamita, sacude sobre su frente la mirra epitalámica de tu cabellera; desparrama flores de frescos fuegos sobre su reclinatorio, canta en su oído tus apasionados versículos que suenan como el beso, que huelen como el nardo, que embriagan como el vino!

.....

*
* *

..... A la luz desvanecida de los cielos, el anacoreta lee, doblando la frente sobre las pá-

ginas del Evangelio: lee la relación sencilla de la divina leyenda, y transportado por su anhelo á la riente Galilea del idilio cristiano, se junta al rebaño de almas que siguen á Jesús entre los viñedos, escuchando la palabra de perdón y de esperanza que seca lágrimas y alumbra sonrisas, que se posa como un beso maternal en los remolinos de oro de las cabe-citas infantiles, que penetra—caricia enluta-da—á los corazones huérfanos, que se arrodilla sobre todas las lápidas, que ora con todos los dolores, que levanta del polvo todas las culpas y que corona de estrellas todos los arrepentimientos!

La sombra se descorre sobre el mundo.... Las letras del pergamino danzan, se barajan, se borran; el fraile cierra los párpados; su pensamiento se entorpece; y allá, en un fondo que el crepúsculo espolvorea, pasa la silueta lánguida de una virgen nazarena.... Después, atraviesa su espíritu una ronda de espectros, un vuelo de harapos negros.... Luego, nada! el vacío sin color, la inconsciencia sin perspectivas.... Duerme.

*
* *

La sofocante neblina de su sueño se desgarrera, y surge un fragmento de infancia y de juventud, acuarela lavada en el azul del horizonte—acuarela de vergeles en flor y de tejados grises, con una torre de frágiles aristas y

con una fuente de aguas claras, sobre las que cae, como malla rota, la sombra verde del emparrado. Es el pueblo en que jugó y amó, al amparo de sus padres y al amparo de la Virgen, en las mañanas de la vida, tan bellas y tan breves, que salpican todo el rocío de sus búcaros y todos los cantos de sus pájaros en el corazón que se abre..... Albas de celajes rubios! repiques madrugadores del campanario! altarcito de blancos paños con lentejuelas de oro!..... Oh, inmortal recuerdo del primer amor! Cuando la estrella de la oración enciende su penacho sobre la crestería de la montaña, las palomas regresan llamadas por el *Angelus*, á sus aleros de ladrillo; y las muchachas, de dos en dos, vuelven de la fuente, con las ánforas de barro en la espalda, regando en el aire parvadas de trinos y manojos de risas..... Entre ellas viene la adorable amiga de misteriosas pupilas, con la cabellera constelada por las gotas de agua que saltan de la urna rebotante.....

*
* *

Inexplicables asociaciones del sentimiento! terribles saltos regresivos del alma! Cómo se transformó la casta epifanía en la impura visión? Al perderse la adorable amiga de misteriosas pupilas entre las enredaderas que bordan las tapias, atraviesa los maizales, conduciendo las cabras del monte, la serrana

descaderada, de valientes ojos y boca audaz, el cabello lanoso y crespo como un vellón, las manos cruzadas detrás de la nuca y al aire los codos trigueños, cantando un cantar abrupto y borbollante, que interrumpe, cuando las ovejas se emperezan ó se desvían, con un chasquido de la lengua, rápido y seco.

Una tarde de vacaciones y de holgorio, retozando y corriendo, se extraviaron en una cañada desconocida. Solos! El torrente se encabrita en su cauce cinchado por un cordón de piedras, y en el trozo del cielo descubierto se extiende una nube roja, como flámula de escarlata. Sartas de pájaros se desgranán de las frondas. Sobre una mata de mirtos se dispara un colibrí como dardo de vibrantes colores. Qué pertinaz es la memoria! Todos los exorcismos de la voluntad son impotentes para expulsar estos recuerdos que clavan sus uñas satánicas en el alma! Es ella, es él, son ellos! La mira: ha trepado al árbol á bajar un nido, un cesto de blancas hebras. La oye: "ven, pronto, que me caigo!" Baja con los dedos espinados, fingiendo pucherías y desternillándose; y él, para curarla, arranca una á una las espinas y chupa uno á uno los globulitos de sangre.

*
*
*

El fraile se estremece. Y *Ella*, en su desnudez brillante, en la plenitud de su ani-

malidad tentadora, levanta los ojos virginales y perversos buscando la mirada del anacoreta, y le ofrece inconscientemente su fruto núbil— la manzana del amor y del dolor! . . .

Marzo, de 1894.



DEL CABALLETE

~~~~~  
A LUIS G. URBINA